ALBERTO ARVELO TORREALBA, *Glosas al cancionero*.—Caracas, Editorial Elite, 1940.

Existe una poesía escrita con palabras nativas, con palabras que aisladamente pueden haber sido extraídas del folklore o recordar algún matiz de la tierra venezolana, pero que combinadas en la frase, apenas si logran un efecto superficial del propósito nacionalista que animó al poeta. Nuestro panorama lírico está lleno de versos donde los bucares, las acacias o los arrendajos, desempeñan una función animadora de colores, pero que, en síntesis, no llegan a estructurar una creación estética de un íntimo y auténtico sentido nacional. Carece esta poesía de un sentimiento especialísimo, de rasgos esenciales que, al primer instante, no sólo den la noción del campo o de la ciudad, sino que de ellos se eleve algo así como un hálito inconfundible de venezolanidad.

Entre nuestros poetas, es indudablemente Alberto A. Torrealba quien mejor ha llegado hasta las fibras más hondas de la tierra venezolana en el cantar que interpreta la vida y el espíritu de la llanura abierta y dilatada en el corazón de Venezuela. Desde sus días jóvenes de *Música de cuatro*, y de su laureado poema a la extensión llanera donde nos dijo "Oh acervo de dulzuras con que el llano encariña — se echa a volar la mente y el corazón se expande — y surge del recuerdo la horizontal campiña — esmeralda tendida del Orinoco al Ande", hasta su voz de esencialidad llanera surgida de su octosílabo en *Cantas y Glosas al cancionero*, ha sido él en nuestros días el más fiel cantor de la llana tierra.

Arvelo Torrealba está impregnado del espíritu y de la música rurales, siente la nostalgia de la libre vida llanera por donde corrieron sus años de niño, y ese paisaje y ese ambiente que se fijaron muy hondamente en su dón de poeta, se dan con fluidez que admira, en sus poemas, que no son sino la voz ancestral de la tierra llanera, con todas sus palabras, con todos sus ríos y todos sus silencios, expresados no en una cárcel octosilábica, sino en el arroyo musical que, encerrado en las ocho sílabas, no obstante afluye con la misma espontaneidad con que se da la copla entre los cantadores que, en la cima del jolgorio, rivalizan en las cantas que se entrecruzan como dardos, en las cálidas fiestas del campo venezolano.

Hasta hoy, la poesía de Arvelo Torrealba es la voz menor que con mayor fidelidad traduce la expresión del llano en su complicada red de caminos y de aspectos, ocultos bajo una supuesta monotonía. La función del paisaje es tan esencial en la poesía del poeta barinés, como lo es la del espíritu inconfundible, que gravita ya al borde del estero, o en la corriente del río que lento arrastra al bongo, o al moverse monótono de la manada, o en la mancha difusa que la mata escribe en la distancia sobre la tierra interminable. La voz del paisaje y la voz del ámbito llanero se dan con expresiva fidelidad en sus poemas. El ha

sabido leer en el fondo de las cosas más mínimas que vió a su torno desde los días más tiernos, y ha sido así como ha podido traducir, en la glosa de la copla, todo el encanto que rezuma la vida que corre callada en la inmensa soledad de la tierra, que hoy languidece en espera de redención.

Arvelo Torrealba cada vez se consagra como el mejor cantador del llano, como el mejor intérprete de todas sus aristas. El sabe de la desconfianza del primer instante ante el viajero que irrumpe desconocido, como ante la sonrisa acogedora y el pan partido en dos que viene luego de las primeras palabras. Sabe leer, como el llanero eternamente clavado en su paisaje, la palabra lluvia en la nube pequeña y distante, o en el vuelo de las aves que muchas veces entenebrece por instantes el cielo. Igualmente, sabe de la música del garcero, o del oteo vigilante del bonguero que mira en todo instante la corriente que se abre ante la marcha perezosa de su embarcación. E impregnado de esta esencia llanera, esencia donde paisaje y alma de la gran tierra se estrechan y se le dan en íntima conjunción, es como su poesía puede reflejar, a través de sus glosas, la voz cabal, estremecida de lírica majestad, de la llanura venezolana.

PASCUAL VENEGAS FILARDO,
Caracas.